

## Prólogo

*Febrero de 1077*

*Inglaterra, cerca de la frontera galesa*

—Me ensillará como a un caballo.

—¿Milord?

Nicholas FitzTodd, barón de Crane, miró al hombre que cabalgaba con él. La brillante luz de la luna le permitió distinguir con claridad el ceño de curiosidad dibujado en el rostro de su hombre de confianza. Los dos hombres se habían detenido en lo alto de un promontorio rocoso donde un arroyo se deslizaba perezosamente desde el bosque que quedaba a sus espaldas y discurría invisible y oscuro para arrojar sus últimas aguas en el helado delta que quedaba debajo. La propia noche parecía congelada en su quietud, un pensamiento que complació a Nicholas mientras el soldado que lo acompañaba y él dejaban descansar sus monturas y escudriñaban las sombrías colinas de la frontera galesa.

Nicholas estaba seguro de que aquella noche no habría incursiones. Ni siquiera los más sedientos de sangre se arriesgarían a cruzar las costras heladas del delta. La frontera del rey Guillermo, que también era la de Nicholas, estaba a salvo.

Al menos de invasores externos.

Randall se aclaró la garganta a su lado.

—Eh... ¿quién va a ensillarte?

Nicholas exhaló un suspiro que sonó ofendido incluso para sus propios oídos.

—Mi prometida, por supuesto. —Majesty había bebido hasta saciarse en el arroyo, así que Nick chasqueó la lengua para que el caballo siguiera avanzando.

—¿Tu prometida? —El hombre de cabello rubio adelantó su montura para ponerla a la altura de la de Nick, y los dos animales se pusieron en marcha sobre el rocoso terreno.

—Sí, Randall. Mi prometida. —Nicholas no tenía planeado desvelar el auténtico motivo por el que se dirigía aquella noche a la villa de Obny hasta que el trato estuviera hecho. No sabía qué le había llevado a expresar en voz alta sus oscuros pensamientos, pero ahora que lo había hecho, se sentía bien por haber puesto en palabras lo desagra-

dable que se le hacía cumplir con la tarea que él mismo se había impuesto. En cualquier caso, aquella visita no era más que una formalidad, un gesto de cortesía hacia un viejo amigo. Al ser barón, Nick tenía derecho a escoger a su prometida.

—Cuando escuche el informe de lord Handaar, le haré saber mi decisión de tomar a su hija como esposa.

La carcajada de Randall resonó por el cielo oscuro como la tinta.

—¡Por los clavos de Cristo! Este maldito frío debe haberme congelado las orejas, señor, porque sin duda debo haber oído mal. ¡Me ha parecido escuchar que has dicho que vas a casarte!

La broma de Randall fue como una astilla en el orgullo de Nick, pero mantuvo su ira bajo control. Si cualquier otro hombre se hubiera atrevido a mofarse de la decisión que Nicholas había tomado, ese hombre estaría en aquel momento tumbado boca arriba con una espada clavada en el cuello.

—Sí, esas han sido mis palabras. —Nick volvió a resoplar, el vapor salió expelido con una blancura fantasmal—. Parece que la constante insistencia de mi madre ha dado sus frutos. Se las ha arreglado para convencerme de que debo darle un heredero a mi baronía.

La risa ahogada de Randall se mezcló con la fría brisa, que se la llevó rápidamente.

—Ah, de acuerdo. Era inevitable, milord. ¿Y qué mejor dama podrías escoger que a lady Evelyn? —Nick escuchó un crujido y luego el suave estallido de un corcho. Un instante después, Randall le pasó a Nick la bota de cuero por encima del hombro tras dar un trago.

—Entonces, por la baronesa de Crane —siseó.

Nick cogió la bota, pero vaciló antes de llevársela a los labios.

—Bah. —Escupió al suelo y luego dio un gran sorbo al fuerte licor. El líquido se le deslizó por la garganta y llegó hasta sus entrañas proporcionándole un relajante calor. Le devolvió la bota a Randall y luego urgió a Majesty para que tomara el estrecho y rocoso camino que llevaba a Obny.

Randall siguió hablando a su espalda.

—Debería ser un alivio para ti tomar por esposa a alguien a quien conoces tan bien como lady Evelyn. La mayoría de los hombres conocen a sus esposas el día de la boda, y tú conoces a la dama desde que nació.

Nick se limitó a gruñir.

—Habéis pasado mucho tiempo juntos. Os conocéis bien, tenéis muchas cosas en común... no consigo ver dónde está la diferencia si te casas con ella. Excepto que compartirá Hartmoore contigo. —Ran-

dall guardó silencio un instante, como si quisiera considerar bien sus palabras antes de seguir—. Y tu cama, por supuesto. Dudo mucho que eso te suponga ningún sacrificio.

Nick no dijo nada.

—Es una chica agradable a la vista —continuó Randall, ahora en un tono casi punzante—. Con ese precioso cabello ondulado, la piel cremosa... por no mencionar sus grandes, redondos y exuberantes pe...

—¡Ya es suficiente! —gritó Nick, pero no pudo evitar que se le escapara una risa. El camino se había ensanchado hasta convertirse en un saliente arenoso, y Obny se abría ante él, centelleante bajo la luz de los candiles. El futuro de Nick, tanto si lo deseaba como si no, estaba allí. Nick detuvo su montura y se quedó mirando con gesto grave la fronteriza ciudad.

—No hay mácula en lady Evelyn, ni físicamente ni en su manera de ser. Es una buena pareja para mí, y no tendré ninguna otra.

La sonrisa de Randall se desvaneció.

—Entonces, ¿por qué te quejas, milord?

—Porque una mujer, una *esposa*, es un grillete. —Nick sacudió la cabeza y resopló—. Todo esto es culpa de Tristan. Si a mi hermano no lo hubieran atrapado de semejante manera, seguramente mi madre me habría dejado decidir a mí el momento de tomar esposa. Ahora me veo obligado a hacerla para calmarla.

—No me parece que lord Tristan esté atrapado por lady Haith. Él...

Nick hizo un gesto con la mano para cortar a Randall.

—No te engañes, amigo mío. Está tan atrapado como cualquier bestia de carga —la seca carcajada de Nick sacudió la quietud de la noche estrellada.

*Ensilado.*

Nicholas se bajó abruptamente de Majesty, miró a su alrededor y luego ascendió por un montículo de piedras dispersas, una especie de montaña. Se giró lentamente, observando la poco profunda hendidura que formaba el valle, envuelto en la invernal oscuridad.

Por Dios que a él no conseguirían ensillarle.

Nick abrió completamente los brazos, aspiró con fuerza y profundidad el aire helado y gritó para quien quisiera oírlo:

—¡Nicholas FitzTodd sólo responde ante Dios y ante el rey Guillermo! ¡Ninguna mujer me poseerá jamás! ¡Lo juro!

Sus palabras resonaron por el valle y luego se desvanecieron. Nicholas se sintió limpio. Lo tenía otra vez todo bajo control y podía

enfrentarse a la tarea que tenía por delante. El matrimonio no le cambiaría, ni para bien ni para mal. Era el barón de Crane, y todo lo que estuviera en sus dominios seguiría inclinándose ante su voluntad.

Nick bajó del montículo en dos grandes saltos y miró hacia Randall, que tenía el ceño fruncido.

—¿Te sientes mejor ahora? —le preguntó su mano derecha.

—Sí, mucho mejor. —Nick se subió a la silla de Majesty con una sonrisa y dirigió el caballo una vez más hacia Obny—. Estoy preparado para darle a lord Handaar la buena nueva de que he escogido a su hija como esposa.

Y dicho aquello, Nick espoleó a Majesty para que galopara hacia la fronteriza ciudad.

—Lord Nicholas. —Handaar se levantó de la silla colocada frente a la chimenea cuando Nick entró en el gran salón de Obny. El anciano señor de la pequeña ciudad se inclinó ligeramente cuando Nick se acercó a él, y aunque la sonrisa del hombre parecía auténtica y cariñosa, daba la sensación de que había envejecido varios años desde la última vez que se vieron—. Me alegro de volver a verte, hijo.

Nicholas y Handaar se abrazaron como dos viejos amigos. Al estar tan cerca, Nicholas observó con más claridad las profundas arrugas que cruzaban el rostro del hombre, la fragilidad del cabello blanco que adornaba la brillante coronilla de Handaar.

—Lo mismo digo, Handaar. —Nick dio una palmada en la huesuda espalda del anciano y dio un paso atrás—. ¿Cómo van las cosas por Obny?

—Bien. La frontera está tranquila y mis exploradores no han detectado señales de ninguna incursión. —Handaar señaló con un gesto hacia las dos sillas que había colocadas frente al hogar—. Siéntate, por favor.

Nicholas obedeció agradecido y se hundió en la acolchada silla que estaba al lado de la de Handaar. Sus ojos se deslizaron hacia la mesita situada entre ellos, en la que había una garrafa y dos copas. La que estaba más cerca del anciano se encontraba llena hasta la mitad de vino tinto. Sabía que era un ritual nocturno de Handaar y su única hija compartir una copa y hablar de los acontecimientos del día antes de retirarse. Mientras por su mente circulaban pensamientos relacionados con Evelyn, sintió como si se le secara completamente la lengua, y la apretó contra los dientes.

Al parecer, Handaar se había fijado en la mirada anhelante que Nick

le lanzó a la garrafa, porque llenó la copa vacía y se la tendió a Nicholas con una sonrisa cansada.

—Para que te caldees tras el viaje.

—Gracias. —Nickapuró su copa, que fue inmediatamente rellenada. La alzó hacia Handaar—. Apuesto a que lady Evelyn se enfadará conmigo por haberme apoderado de su sitio y de su copa.

Nicholas creyó ver a Handaar dar un respingo antes de hablar. Despacio, como si quisiera escoger cuidadosamente las palabras, Handaar dijo:

—Evelyn no se reunirá conmigo esta noche.

Nick frunció el ceño.

—Espero que no esté enferma.

—No. —Handaar miró hacia el llameante hogar, y la luz del fuego bailó por su cansado rostro—. No está enferma.

—Eso está bien. —Nicholas no pudo descifrar el origen de la melancolía de Handaar con aquella tajante frase, así que le presionó—. Confío en poder hablar esta noche con ella si me concede unos instantes. No mandé recado de mi visita porque quería darle una sorpresa, pero tal vez debería haber avisado.

El anciano sacudió la cabeza y mantuvo la vista clavada en las brillantes llamas.

—No. Habría sido igual aunque hubieras avisado. —Handaar miró ahora directamente a Nick, y su rostro adquirió una expresión dolorida—. Hace dos días, ella me dijo que vendrías.

Nick alzó las cejas.

—¿Ah, sí? ¿Pero cómo...?

Handaar se encogió de hombros.

—Sabes tan bien como yo que Evelyn siempre ha tenido una particular habilidad para percibir ciertos acontecimientos. Igual que parece saber qué está pensando hasta el más humilde de los animales.

Nick se rió entre dientes, si bien la incomodidad que sentía ante la tarea que tenía por delante se veía acentuada por el extraño comportamiento de Handaar. Algo estaba ocurriendo en el castillo de Obny.

—Sí, tienes razón, Handaar. Si no supiera que no es así, apostaría a que ha llamado a Majesty para que acuda a ella, requiriendo por lo tanto mi presencia también —le dio un sorbo a su copa de vino—. A veces tengo la impresión de que le importa más mi caballo que yo.

Handaar lo dirigió una mirada afilada.

—A Evelyn le importas mucho, Nicholas.

Nick sintió cómo se le encogía el estómago, como si lo tuviera en

un puño, al escuchar el tono grave del otro hombre. Aquel era tan buen momento como cualquier otro.

—Lord Handaar, yo...

Handaar se levantó bruscamente y se acercó a grandes zancadas a la chimenea.

—¿Cómo están tu hermano y su esposa?

—Bueno. —Nicholas frunció el ceño. No le gustaba que le hubiera interrumpido. Ya era un tema suficientemente complicado de explicar con palabras como para verse forzado a empezar otra vez. Pero tal vez fuera mejor seguirle la corriente al anciano.

—Tienen una hija, Isabella. Madre ha regresado hace poco de Greanly y ha traído la noticia de que la villa de Tristan prospera.

Handaar asintió, pero no se dio la vuelta.

—Entonces la baronesa está contenta, ¿verdad?

—Sí —Nicholas se rió entre dientes y se relajó un tanto—. Y tan hermosa y avasalladora como siempre. Sigue acosándome constantemente como un sabueso.

Handaar no se rió con la broma ni tampoco respondió nada en absoluto.

Nicholas dejó su copa sobre la mesita con innecesario cuidado y se inclinó hacia delante en la silla con los brazos apoyados en las rodillas. Aspiró con fuerza el aire.

—Su acoso tiene mucho que ver con mi visita de esta noche a Obny.

—Por supuesto que sí.

Nick frunció el ceño a la espalda del hombre.

—Handaar, debo hablar contigo muy seriamente. Yo...

—No lo hagas, Nicholas.

A Nick se le estaba agotando la paciencia.

—Por favor, amigo, escúchame. Este no es asunto que quiera tomarme a la ligera, y creo que a ti te complacerá.

Tras un instante de silencio, Handaar suspiró. Sus siguientes palabras estaban teñidas de tristeza.

—Adelante, entonces, si sientes que debes hacerlo.

—Muy bien —Nick se aclaró la garganta y se frotó los muslos con las manos—. Desde el fallecimiento de mi padre, he sido muy consciente de las responsabilidades que ahora tengo. Dejando a un lado la insistencia de mi madre, sé que debo casarme para que perdure el linaje de mi padre. Como sabes, yo soy el último FitzTodd.

Nick volvió a aclararse la garganta.

—Conozco a lady Evelyn desde que nació. Tú has sido como un

hermano para mi padre y un segundo padre para mí —la voz de Nick se volvió un poco más áspera al pronunciar las últimas palabras, así que le dio otro rápido trago a su copa de vino antes de continuar—: La baronesa quiere a Evelyn como si fuera su propia hija, y yo también la tengo en alta estima. —Nick aspiró con fuerza el aire, el corazón le latía con fuerza contra las costillas, como si quisiera salirse del pecho y galopar por el salón sin él—. Como mi esposa, a Evelyn no le faltará de nada. Eso te lo juro.

—Eso no es posible —dijo Handaar con voz áspera y grave.

Nick se detuvo un instante para ordenar sus pensamientos. Ya esperaba aquello, y estaba preparado.

—Sé que está comprometida con el convento, pero Handaar —Nick se puso en pie—, yo compraré su libertad. Le pagaré su dote a la abadesa para que Evelyn pueda casarse.

Al ver que no obtenía ninguna respuesta, Nick sintió cómo los nervios se le ponían de punta ante su creciente frustración.

—¿No te das cuenta? Ya no necesita echar a perder su vida uniéndose a la orden. Tienes que admitir que odiabas la idea de tener que apartarte de tu única hija, y ahora ya no será necesario que lo hagas. Estará cerca de ti durante el resto de tus días, bajo el cuidado de un hombre que tú mismo aseguras que es como tu propio hijo. —Nick se sentía muy seguro de la lógica de su argumento—. Tiene todo el sentido que nos casemos.

—Le hice una promesa a Fiona —dijo Handaar—. Te lo suplico, Nick, no sigamos hablando de esto.

—La madre de Evelyn está muerta, Handaar —dijo Nick con toda la gentileza que pudo—. Además, si estuviera todavía viva, si pudiera ver la buena pareja que hacemos tu hija y yo, ¿no crees que bendeciría nuestra unión?

—Tal vez —reconoció Handaar con voz pausada—. Pero eso no importa. Como acabo de decir, esto es imposible.

Nick sintió cómo se le subía la bilis de una forma como nunca antes le había sucedido con el viejo guerrero.

—No, no es imposible. Es responsabilidad mía como barón velar por el bienestar de mi gente, y no permitiré que Evelyn malgaste su vida en una mohosa abadía cuando puede vivir cómodamente con su familia y entre amigos.

Nicholas se acercó a la espalda de Handaar. Iba a resultarle difícil decirle las siguientes palabras al anciano señor, pero Nick sentía que necesitaba hacer uso de su autoridad en aquel asunto.

Así que habló con voz firme, grave y resuelta.

—Handaar, como barón, es también mi derecho tomar como esposa a quien desee. Ya he hecho mi elección, amigo, y no hay nada que puedas hacer para convencerme —colocó una mano en la encorvada espalda del otro hombre en gesto de consuelo—. Estoy seguro de que Fiona lo entendería. Y ahora, vayamos en busca de lady Evelyn para compartir con ella la buena nueva.

Handaar se dio la vuelta con la mano de Nick a la espalda, y Nick se quedó perplejo y desconcertado al ver un reguero húmedo surcando sus arrugadas mejillas. Handaar habló con voz trémula, pero aparte de las lágrimas de su rostro, su expresión permanecía inmutable.

—Evelyn se ha marchado, Nick.

Nicholas dio un paso atrás involuntariamente. Las palabras de Handaar lo habían golpeado como un puñetazo.

—¿Cómo que se ha marchado? ¿Qué quieres decir?

—Se ha ido al convento. —Handaar se pasó una mano por el rostro—. Hace dos días, cuando presintió tu llegada.

Nick volvió a sentarse en su silla, impactado.

—Pero... pero, ¿por qué iba a irse si sabía que yo venía? ¿Acaso no hemos sido siempre amigos?

—Esa es precisamente la razón —dijo Handaar, que también ocupó de nuevo su silla. Sirvió más vino en ambas copas—. Aunque estoy seguro de que tú creías que las indirectas que lanzabas respecto a este tema eran sutiles, Evelyn sabía que ibas a pedirla en matrimonio. Como tú mismo has dicho, era lo más lógico.

—Pero... ¿ella lo sabía? —preguntó Nick, los pensamientos se le amontonaban unos sobre otros. Miró a Handaar, y al observar la expresión de simpatía del viejo señor, Nick supo que su asombro debía resultar de lo más evidente—. ¿Ha preferido el convento antes que a mí?

Handaar sacudió la cabeza y miró hacia algún punto entre sus botas.

—No sentía ningún deseo de casarse, de tener los hijos que sabía que tú le exigirías. Evelyn se tomó muy serio la promesa que yo le hice a Fiona.

Nick sintió que la mandíbula se le endurecía hasta que creyó que se le iban a romper los dientes.

—Entonces es una egoísta y una estúpida. No hay ninguna garantía de que su destino hubiera sido el de Fiona, que fuera a morir al dar a luz. Ha echado a perder su vida y me ha abandonado.

Handaar suspiró en silencio.

—Ella siente en el fondo de su corazón que te está liberando.

—¿*Liberándome?* ¿Con qué propósito? ¿Obligándome a tomar como esposa a una desconocida? —la carcajada de Nick resonó amarga e irregular—. La nuestra habría sido una unión basada en la amistad y la confianza. Que me haya dejado es imperdonable. Nunca le he importado ni lo más mínimo.

—Evelyn te quiere mucho, Nick.

—¡No! —la palma de la mano de Nick cortó el aire, espesado por la tensión—. No, no se trata así, con engaños, a alguien de quien aseguras que estás enamorado.

—He dicho que te quiere mucho, no que esté enamorada de ti. Hay una diferencia. —Handaar parecía ahora agotado, al borde del colapso, pero el dolor de Nick no mostró ninguna consideración hacia el anciano.

—Querer, estar enamorado —Nick agitó una mano—. ¿Qué importa?

—Tal vez ahí esté la auténtica razón de por qué se ha marchado... para darte la oportunidad de ver lo mucho que importa.

Nicholas se quedó mirando fijamente al anciano durante unos instantes, y Handaar le mantuvo la mirada. Ya le había contado a su madre, a su hermano y varios de sus señores subordinados su intención de tomar a Evelyn como esposa. Incluso se lo había dicho a su mano derecha. ¿Qué pensaría ahora de él, si una mujer a la que Nick conocía de toda la vida prefería el convento antes que convertirse en su esposa?

Nunca se había sentido tan incómodo, tan humillado en aquel lugar que era tan familiar para él como su propia casa. No podía seguir sentado con aquel peso tan enorme encima, así que se puso de pie.

—Muy bien, entonces. Te deseo buenas noches, lord Handaar. —Tras una breve inclinación de cabeza en dirección al anciano, Nick cruzó el gran salón para dirigirse a las puertas.

—Nick, hijo —el sonido de la llamada de Handaar siguió a la retirada de Nick—. No nos despedamos así. Quédate esta noche en Obny. Si hubiera podido, me habría gustado ahorrarte este dolor, pero para serte sincero, no estoy seguro de que yo mismo pueda soportarlo.

Al escuchar las palabras de Handaar, Nick se detuvo sobre sus pasos.

—Por favor, Nick —la voz del anciano encerraba una nota de súplica—. Ahora ya no me queda nadie.

Nick se dio la vuelta, y al mirar al anciano guerrero, con sus hombros antaño anchos encogidos ahora por la edad y el dolor, Nick sintió

una opresión en el pecho. Volvió a cruzar el salón y abrazó a Handaar mientras el hombre se estremecía.

—Ah, Nick —jadeó Handaar—. Ya la echo tanto de menos...

—Perdóname por mi brusquedad, viejo amigo —dijo Nick—. No era mi intención acrecentar tu pena. Pero no puedo quedarme entre estos muros, cada una de sus piedras encierra un recuerdo de Evelyn.

Handaar asintió, agarrando a Nick de los brazos y apartándose un tanto para mirarlo. Cuando hablo, lo hizo con voz áspera.

—Por supuesto que te perdono. Pero confío en que no te mantengas alejado de Obny para siempre.

Nick negó con la cabeza.

—Volveré.

Handaar asintió y soltó a Nick. Sus manos anchas y nudosas se quedaron un instante suspendidas en el aire, como si le costara trabajo dejarle marchar. Nick se dio cuenta de que temblaban.

—Buen viaje, hijo mío. Ve con Dios.

Con un último apretón al hombro de Handaar, Nick giró sobre los talones y salió del salón de Obny, dejando a Handaar solo, con la única compañía de los fantasmas de su esposa y de su hija.

## Capítulo 1

*Septiembre de 1077*  
*Londres, Inglaterra*

Simone du Roche se sentó en una de las sillas doradas del gran salón de baile del rey. La rica túnica de terciopelo caía en verdes y profundas cascadas a sus pies. Llevaba la negra melena recogida en unas complicadas trenzas colocadas a cada lado de su tocado, que se alzaba majestuoso. Sus verdes ojos de gata observaban a los demás invitados con un desprecio mal disimulado mientras brincaban al ritmo de la música de los laúdes.

Aquella era la tercera y última velada de celebración del cumpleaños del rey Guillermo, y Simone se alegraba profundamente de ello. Cuando terminara la fiesta de aquella noche, quedaría por fin libre de las miradas curiosas y los susurros en voz baja que lanzaban en su dirección los mezquinos y rencorosos miembros de la corte de Inglaterra.

Simone apretó los dientes para conseguir una sonrisa cuando un noble de aspecto fofo inclinó la cabeza hacia ella.

“Está intentando ser amable”, se dijo Simone para sus adentros. “Y sin embargo, el muy burro no sabe que he entendido cada una de las mordaces palabras que ha dicho su compañero sobre mí”.

—Está demasiado gordo, hermana —le susurró Didier en francés, su lengua materna—. Si fuera tu marido, te aplastaría.

Simone ocultó una sonrisa malévola tras el velo que llevaba unido al tocado y susurró:

—¡Calla, Didier! Eres demasiado pequeño para tener semejante conocimiento de lo que ocurre entre marido y mujer. —Manteniendo la cabeza ladeada para ocultar la boca, añadió—: Tendrías que haberte quedado en tus habitaciones, como te dije. No puedo evitar pensar que esta noche acabarás causándome problemas.

Didier se limitó a encoger sus huesudos hombros. Su delicado rostro era una versión más pequeña del de Simone, con idénticos ojos verdes y una mata de cabello oscuro y revoltoso.

—No me gusta estar solo, y hasta ahora nadie se ha percatado de mi presencia —razonó el niño.

—En cualquier caso, no debes hablarme con tanta libertad aquí.

Eso atraería una atención que no deseo. —Simone volvió a colocarse el velo en su sitio y puso las manos sobre el regazo en lo que esperaba fuera un gesto recatado.

El baile tocó a su fin, y el blando y anciano caballero que antes había estado mirando a Simone se apartó de su compañero. La fina túnica, ribeteada en piel, sobresalía por la zona de su considerable trasero mientras se acercaba a ella caminando como un pato. “Al menos tiene un rostro agradable”, reconoció Simone.

Didier se rió por lo bajo a su lado.

—Hablando de no querer llamar la atención, aquí viene el gordo.

Simone convirtió su rostro en una máscara de calma cuando el grueso y bajito noble se inclinó ante ella. Se dirigió a Simone en francés.

—Lady du Roche, no resulta apropiado que una dama de vuestra belleza permanezca sentada y sin atención en una celebración como esta. Vuestro padre os da permiso para que os unáis al siguiente baile.

“Por supuesto que da su permiso”, pensó Simone para sus adentros. “Eres un hombre viejo y rico y mi deber es mostrar la mercancía”.

Pero en voz alta se limitó a decir:

—El placer es mío, monsieur Halbbrook —y posó los dedos en su húmeda y gruesa palma con un escalofrío interno.

*Te aplastaría si fuera tu marido.*

Cuando Halbbrook la guió hacia el centro del salón de baile y comenzaron a sonar las notas de la siguiente danza, Simone hizo un esfuerzo por no salir disparada de la fila de damas a la que se había unido y regresar corriendo a la relativa seguridad de sus aposentos alquilados.

Armand du Roche cruzó la mirada con la de Simone cuando las mujeres se inclinaron en una profunda reverencia. El padre de Simone inclinó la cabeza de forma casi imperceptible para señalar al grueso lord que tenía ella enfrente. El cabello castaño cayó cubriendo la fea cicatriz de su frente, y Armand du Roche alzó una ceja.

*Servirá, ¿no?*

Simone apartó la mirada de la de su padre para componer la forzada sonrisa que se esperaba de ella, y se concentró en el baile.

*Oui, papá. Servirá.*

A Simone había dejado de importarle a quién escogería Armand para que fuera su esposo. Simone, su padre, e incluso el pequeño Didier, eran parias en aquel país extranjero, unos bichos raros, objetos de cotilleo para aquellos ingleses glotones. La vida entera de Simone era una mentira.

Sus pies siguieron mecánicamente los pasos, y Simone se envolvió en la frialdad de la verdad como si fuera un escudo de hielo.

—Llegas tarde, hermano —le reprendió Tristan a Nicholas cuando se acercó. Al ver que Nick se tropezaba contra un jarrón alto y delicado que había a su lado, Tristan añadió—: Y por lo que parece, bastante borracho.

Nick agarró el jarrón tambaleante justo a tiempo y le dirigió a Tristan una sonrisa de medio lado.

—He tenido que atender un asunto urgente, te lo aseguro. Lady Haith, esta noche estás esplendorosa. Madre te envía todo su amor.

Nicholas tomó la mano de su cuñada y se inclinó para darle un beso en la mejilla. Sus labios apenas le rozaron la oreja, y Haith se apresuró a sujetarlo.

—Lord Nicholas —bromeó—, ¿ese asunto implicaba sumergirte en un cubo de colonia de mujer?

—Mis disculpas, milady —Nick sonrió a pesar de la mirada fulminante de Tristan, que cargó contra él.

—¡Por el Amor de Dios, Nick! Al menos podrías haberte bañado. No estaría bien que Guillermo te viera en este estado. Ya sabes que querrá reunirse contigo mientras estés en Londres.

Nicholas se encogió de hombros.

—Eso no importa. A Guillermo le dará igual que me haya tomado una copa o dos... sólo querrá saber que traigo noticia de que su frontera está a salvo.

La hermosa cuñada de Nick miró a su esposo.

—Milord, tal vez estaría bien que acompañaras a Nick a sus habitaciones. No le conviene que le vean en estas condiciones.

—No va a poder evitarse, cariño —le respondió Tristan a su pelirroja esposa con tristeza—. Las damas ya lo han visto. Me temo que está atrapado.

Nick se giró hacia el salón que tenía detrás y vio varios pares de ojos femeninos clavados en él mientras las damas terminaban con impaciencia el baile.

Él se rió con descarado regocijo.

—Sí, estoy atrapado, ¡y qué trampa tan dulce!

—Nicholas —le advirtió Tristan—, el propósito de que acudas a la celebración del cumpleaños del rey, que hasta el momento no habías considerado digna de tu presencia, es encontrarte una prometida adecuada, no que te acuestes con toda la población femenina.

Lady Haith puso los ojos en blanco ante la ruda conversación y les dio la espalda a los hermanos, bebiendo de su copa de vino mientras observaba a la gente bailando.

—Eso es exactamente lo que he estado haciendo, hermano —insistió Nick—. He estado muy ocupado intentando probar la valía de cada dama —Nick arqueó las cejas—. Mis investigaciones han sido de lo más exhaustivas.

Tristan se inclinó hacia delante y, a través de su nube de alcohol, Nick vislumbró un atisbo de preocupación —¿o sería de desaprobación?— en los azules ojos de su hermano.

—Esto no está bien, Nick —le advirtió Tristan con voz pausada—. Puedes emborracharte y retozar hasta el final de tus días, pero eso no te devolverá a lady Evelyn.

—No menciones el nombre de esa mujer delante de mí —gruñó Nick. Su buen humor de beodo había desaparecido por completo—. Su engaño no tiene nada que ver con cómo decido divertirme. Ella no significa nada para mí.

—¿De veras? —Tristan alzó una ceja—. ¿Y por eso todas las damas que te han sido presentadas hasta el momento te han parecido demasiado morenas, o demasiado anchas, o demasiado altas, o con los ojos del tamaño equivocado?

Nick miró fijamente a su hermano.

—Ocúpate de tus propios asuntos.

—Sólo te estoy sugiriendo que...

—Bueno, pues no lo hagas. —Nick cogió la copa que Tristan sostenía con la mano y le dio un buen sorbo. Sus ojos escudriñaron la masa de gente en movimiento con menos entusiasmo ahora. Su anterior alegría había menguado tras las entrometidas observaciones de su hermano.

Muchas de las damas presentes se lo quedaron mirando fijamente, sus ojos lanzaban atrevidas invitaciones, particularmente aquellas de cuyos favores ya había disfrutado. Nick se dio cuenta de que había algunos rostros nuevos entre las damas que estaban bailando, jóvenes recientemente colocadas en el mercado por sus familias, deseosas de conseguir un matrimonio provechoso. Aunque algunas eran bastante atractivas y servirían para pasar un buen rato, ninguna de ellas despertó un auténtico interés en Nicholas. Era como si estuviera mirando un campo abierto con ganado desperdigado, cada vaca tenía unas facciones ligeramente distintas, pero cuando se las miraba como a un todo, ninguna destacaba entre las demás.

El rostro de Evelyn apareció en su mente de forma completamente

inesperada, como tenía por costumbre hacer. Los delicados mechones de cabello castaño y ondulado que enmarcaban aquellos ojos tranquilos y azules como un cielo de invierno. La delicada constelación de pecas que le cruzaba las sonrosadas mejillas se le aparecía allí, cuando tenía delante las máscaras de falsa serenidad que componían aquellas damas.

Nick se regañó a sí mismo por enésima vez.

“Debería haber ido buscarla al convento”, pensó. “La misma noche en la que me enteré de su huida, tendría que haber cabalgado hasta la abadía de Withington y llevarla de regreso a Hartmoore, tanto si quería como si no”.

Pero en cuanto aquel pensamiento floreció, se marchitó y murió. No presionaría con su proposición a una mujer que estaba tan claro que no lo quería. Todavía ahora seguía sin abrir los mensajes que le había enviado Evelyn. No se veía con ánimo de leer las excusas y las disculpas que sin duda contenían las cartas. Lo había abandonado, había renegado de él.

Lo había humillado.

El baile terminó, y la gente se dispersó ordenadamente. Nick se llevó a los labios la copa que había requisado, pero se detuvo a medio camino al ver a la delicada criatura que el anciano lord Cecil Halbbrook estaba sacando de la pista de baile.

Parecía increíblemente menuda al lado de su corpulento compañero, y Nick apostaba a que la coronilla de su cabeza no le llegaría al hombro. La cola de su vestido verde iba tras ella con una fila real, y cuando su rostro abatido se giró ligeramente hacia él, Nick contuvo el aliento.

Los ojos más verdes que había visto en su vida lo atravesaron con su mirada antes de volver a inclinar una vez más su cabeza de oscuros mechones.

—Es guapa, ¿verdad? —preguntó lady Haith con naturalidad, dirigiéndose una vez más hacia los hermanos.

—Hm —replicó Tristan.

Nick sacudió ligeramente la cabeza, como si estuviera tratando de quitarse las telarañas que lo envolvían.

—¿Quién es?

—Lady Simone du Roche —respondió Haith—. Ha llegado hace poco de Francia con su padre.

—¿Está disponible? —Los ojos de Nick siguieron a aquella belleza mientras Halbbrook la dejaba en una silla situada a cierta distancia. Su compañero se despidió precipitadamente de ella y se apartó para ha-

blar con un hombre alto y corpulento que estaba ahí al lado. Abandonada a su suerte, la mujer se cubrió el rostro con el velo, ocultando sus rasgos de porcelana.

—Sí, está disponible —respondió Tristan—. El hombre con aspecto de bruto que está a su izquierda es su padre, Armand du Roche. Parece que su último compañero de baile tiene un interés por ella que va más allá de lo pasajero.

—Pero, ¿por qué está siendo presentada en la corte inglesa? —preguntó Nick—. Sin duda no faltarán pretendientes en Francia para una dama de título tan encantadora como ella.

Tristan se encogió de hombros y luego giró la cabeza hacia su esposa.

—¿Milady?

A Haith le brillaban los ojos cuando se inclinó hacia Nick.

—Hubo un escándalo increíble en su tierra natal. Estaba prometida al miembro de una familia de nobles muy antigua, pero el novio rompió el compromiso el mismo día en que iban a casarse —Haith bajó todavía más el tono de voz—. Dicen que está un poco loca.

—¿Loca? —Nick sólo estaba escuchando a medias la información sobre aquella mujer de la que no podía apartar los ojos.

—Se rumorea que escucha voces dentro de su cabeza... habla con gente que no está aquí —Haith aspiró el aire por la nariz—. Pero yo no me lo he creído ni por un instante. Yo pienso que...

Nick le pasó la copa de su hermano a Haith, consiguiendo así silenciarla.

—Tengo que hablar con ella —dijo antes de estirarse la túnica, que estaba ligeramente arrugada, y dirigirse en su dirección a grandes zancadas.

Cuando Nick se hubo marchado, Tristan se giró para mirar a su esposa, que seguía observando fijamente a la mujer de cabello oscuro.

—¿Tú qué piensas, milady? —le preguntó—. ¿Crees que Nick obtendrá una nueva conquista con esa chica?

Una sonrisa taimada cruzó los labios de Haith.

—Creo que si no se anda con cuidado, esta vez será Nick el conquistado.

—¿Puedo visitar la otra sala, hermana? —le preguntó Didier a Simone en cuanto ella regresó a la silla—. He visto unas tartas maravillosas que me encantaría probar.

Simone dejó caer la barbilla y giró ligeramente la cabeza antes de

murmurar:

—No, Didier. Tienes que quedarte aquí conmigo hasta que papá diga que es hora de irse.

—¿Por quéee? —gimió el niño, provocando que Simone diera un respingo—. Hace mucho tiempo que no como ningún dulce... ¡nadie me descubrirá, te lo juro!

Simone resopló de una manera impropia para una dama.

—Oh, sin duda, nadie notará que unos trocitos de comida se levanten del buffet y caigan al suelo —en cuanto aquellas palabras salieron de su boca, Simone lamentó su sarcasmo. Suavizó el tono—. Me habías dicho que ya no sientes los sabores, Didier. Entonces, ¿qué sentido tiene?

—Puedo imaginármelo —dijo el niño dirigiendo la mirada herida hacia el suelo de mármol—. Si lo intento con todas mis fuerzas, casi puedo recordar el sabor de la miel.

Sus palabras encogieron el corazón de Simone, que sonrió con tristeza a su hermano a través del velo.

—Tal vez cuando regresemos a nuestros aposentos pueda pedir que nos suban una bandeja, y podrás probar un trocito.

Didier suspiró. Volvió a levantar la cabeza, y una sonrisa traviesa iluminó su rostro de pilluelo.

—Me pregunto quién es este que viene a visitarte. No le había visto antes.

Simone miró por el rabillo del ojo para ver a quién se refería Didier, y estuvo a punto de gemir en voz alta.

Un hombre alto, que le sacaría seguramente media cabeza al padre de Simone, se estaba abriendo camino entre la gente para acercarse a ella. Se dio cuenta con una extraña sensación en el vientre del modo en que las damas delante de las que pasaba lo seguían con la mirada.

No era de extrañar que atrajera la atención de las invitadas... desde luego, a Simone la tenía cautivada. Aquel hombre era un dios: desde el cabello oscuro y rizado que le caía por los hombros, hasta la penetrante mirada de sus ojos azules que capturó la mirada de Simone y la mantuvo, pasando por la dura línea de la mandíbula que cincelaba los planos de su rostro como si fueran los de una escultura.

Sus labios carnosos estaban ligeramente levantados hacia un lado en una adormilada sonrisa, y el calor que provocaron en Simone resultó tan delicioso como incómodo. La fina túnica y la capa indicaban que era un hombre de riqueza y posición... o al menos lo había sido. La ropa bordada estaba manchada y arrugada, y a Simone le pareció ver colgando los hilos de un dobladillo mal cosido. Pero su modo de

andar resultaba seguro de sí mismo, incluso un tanto arrogante, cuando se fue acercando a Simone y a su hermano.

—Didier —le advirtió Simone en voz baja—. No digas ni una sola palabra. —Simone giró tranquilamente el rostro velado para mirar hacia el impresionante hombre que se había detenido delante de ella y ahora estaba haciendo una profunda reverencia. Estuvo a punto de caerse hacia un lado.

—Milady —dijo. El tono rico de su voz provocó cálidos escalofríos sobre la piel de Simone—. Confío en que no me consideres un descarado por acercarme a ti sin que nos hayan presentado, pero me temo que no he sido capaz de contenerme. Tu belleza me atrajo como la brillante llama a una humilde polilla, y sentí que debía aprovechar la oportunidad de hablar contigo antes de que desaparecieras como la visión que sin duda eres.

—*Ob-la-la* —Didier se rió directamente en la oreja de Simone—. A juzgar por el modo con el que te está comiendo con los ojos, creo que este hombre quiere que tu vestido desaparezca.

A Simone le tembló la sonrisa ante el comentario subido de tono de Didier, pero se recobró rápidamente y colocó las yemas de los dedos en la mano que le ofrecía el hombre.

Nick se inclinó una vez más para deslizar sus cálidos y secos labios por sus nudillos sin apartar en ningún momento los ojos de su rostro. Simone seguía sintiendo cosquillas en la piel incluso después de aquel roce, y cuando el hombre volvió a hablar, ella sintió como si le hubieran soltado una camada de cerditos dentro del estómago.

—Soy Nicholas FitzTodd, barón de Crane —se presentó mostrando una hilera de centelleantes y bien alineados dientes blancos.

—Oooh —dijo Didier con voz cantarina—. *¡Un barón!*

Simone dejó de apretar los dientes para abrir la boca y decirle a aquel hombre cómo se llamaba, pero él levantó una mano para que guardara silencio.

—Te pido disculpas una vez más, lady du Roche —dijo con una sonrisa infantil—. Tengo que admitir que he preguntado por ti nada más llegar —señaló con un gesto discreto al otro lado del salón, hacia una atractiva pareja—. Mi hermano y su esposa son mis informadores.

Simone miró hacia el hombre alto y rubio y la impresionante pelirroja con cautela, y se quedó completamente desarmada cuando la mujer levantó una mano a la altura del rostro y movió los dedos en dirección a Simone. Simone inclinó la cabeza en gesto de saludo antes de volver a dirigir su atención al barón.

—Entonces deberé asegurarme de darles las gracias antes de partir de Londres —dijo Simone con voz ronca debido al encantamiento que la mera presencia de aquel hombre parecía provocar en ella.

En el suelo, cerca de la silla en la que estaba Simone, Didier aulló. El niño se agarró las costillas e hipó debido a la risa.

—¿Tienes sed? —le preguntó el barón—. ¿Quieres que te traiga un poco de vino?

—*Merci* —respondió Simone. El hombre asintió con una sonrisa arrebatadora y desapareció una vez más entre la multitud. Simone giró la cabeza de golpe para clavar la vista en su hermano.

—¡Didier! ¡Levántate del suelo ahora mismo!

Unas lágrimas gruesas y plateadas provocadas por la risa resbalaron por las mejillas del niño.

—¡*M-m-merci*, mi amor! —exclamó extendiendo un brazo largo y delgado hacia el hombre que se marchaba.

—¡He dicho que ya basta! —Simone sintió el calor de su sonrojo hasta la raíz del cabello.

Su hermano consiguió por fin recuperarse lo suficiente como para ponerse de pie, secándose las mejillas con el dorso de ambas manos.

—¡Ah, hermana, esto ha sido maravilloso! ¡Te has perdido tanto que incluso has hablado en inglés!

Simone se estremeció. Que los invitados dieran por hecho que sólo hablaba francés era su única defensa contra sus enemigos. Si sus anfitriones descubrían el engaño, sus posibilidades de conseguir un buen matrimonio disminuirían al chocar contra su orgullo herido.

—Si dejaras de fastidiarme, tal vez no me hubiera perdido tanto —le espetó. Un gemido de miedo escapó de sus labios al ver a Armand acercándose renqueando hacia ella—. Y ahora, se bueno... aquí llega papá con ese tal Halbhook.

—Simone —su padre se cernió sobre ella, pero Simone no pudo evitar notar que la mayor parte de su visión de la sala había quedado bloqueada por la musculosa forma del barón de Crane—. ¿Te estás divirtiendo?

—*Oui*, papá.

Lord Halbhook rondaba por el perímetro en el que estaba Armand, lanzando sonrisas de abuelo en dirección a Simone, que se estremeció por dentro.

—*Bon*. Lord Halbhook y yo buscaremos un lugar más íntimo para hablar de... ah, *asuntos de negocios* —el énfasis que le puso Armand a aquellas últimas palabras provocó que a Simone le diera un vuelco el corazón y comenzara a latirle a toda prisa. Sus ojos se dirigieron invo-

luntariamente hacia el rollizo caballero que estaba al lado de su padre.

Armand asintió con la cabeza de manera apenas perceptible, y su boca se giró hasta convertirse en una torpe sonrisa.

—¿Crees que podrás divertirte tú sola si te dejamos un rato?

—Por supuesto —Simone bajó la vista mientras su padre se alejaba con su andar renqueante con Halbbrook caminando a su lado como un pato.

—Mademoiselle —se despidió con torpeza el hombre de ella, pero Simone apenas lo escuchó.

—¡Simone va a casarse, Simone va a casarse! —canturreó Didier dando vueltas en círculo alrededor de su silla.

—Eso parece —suspiró ella. Y aunque la idea de convertirse en la esposa de un enano viejo y panzón no la complacía en absoluto, sabía que obedecería.

—Oh, Didier —dijo con voz pausada, sin molestarse en ocultar la boca—. Si al menos *maman* estuviera viva, estaríamos en casa, en Francia, y yo sería ahora la esposa de Charles.

—Yo nunca le importé a Charles —dijo Didier con tono más apaciguado mientras se sentaba a los pies de Simone y apoyaba la cabecita contra su pierna.

Simone deseaba deslizar la mano sobre los mullidos rizos de Didier, pero, expuesta como estaba, sabía que no podía hacerlo.

—A Charles le importabas, Didier, lo que pasa es que no sabía qué hacer contigo. No había muchos niños en la hacienda de Beauville.

Simone vio al barón de Crane dirigiéndose hacia ella una vez más con una copa en cada mano y con aquella sonrisa indolente tan personal cruzándole el rostro. Se le encogió el estómago. Tal vez se debiera únicamente a la reciente revelación por parte de Armand de que Halbbrook pretendía pedir su mano, pero la imagen de Nicholas Fitz-Todd provocó que una miríada de imágenes prohibidas hiciera explosión y centelleara a través de su mente.

Imágenes en las que apretaba su cuerpo contra aquella forma sólida, en las que permitía que los labios de Nicholas se posaran sobre los suyos. Tener un momento perfecto entre aquellos brazos fuertes y musculosos, negándose a pensar en otra cosa que no fuera el siguiente beso, la siguiente caricia, el siguiente susurro escandaloso en su oído.

—Estás temblando, hermana —dijo Didier antes de alzar la vista y atisbar la llegada del barón. Una sonrisa traviesa le cruzó el rostro, dejando al descubierto con orgullo el agujero del diente que se le había caído hacia más de un año. Pero a Simone no pudo encandilarla con

su aspecto de pilluelo, y le lanzó una fulminante mirada de advertencia.

—Lady du Roche —dijo el barón ofreciéndole la copa—, tal vez quieras salir a tomar un poco el aire. El ambiente está bastante cargado aquí dentro, ¿no te parece?

Simone captó la chispa de sus malévolas intenciones en aquellos irremediables ojos azules por encima del borde de la copa, y un imprudente abandono se apoderó de ella; fue un deseo casi frenético de escabullirse con él, aunque sólo fuera durante un instante o dos. Simone había escuchado historias sobre hombres del pelaje del barón, sabía que lo único que quería era seducirla. También sabía que cualquier comportamiento impropio por su parte podía acabar con los planes de Armand de verla casada.

Pero en su mente surgieron las imágenes de un futuro con el regordete Halbrook, y de pronto a Simone, sencillamente, no le importó. Aquella bien podía ser la primera, la última, la *única* oportunidad de experimentar la pasión. De atesorar los recuerdos de una noche loca que pudieran sostenerla durante su destino como esposa de trueque. Y la sonrisa del barón resultaba demasiado tentadora.

—Adelante, hermana —le susurró Didier, y esas palabras resonaron por encima del rápido latido de su corazón. Simone se levantó del taburete con piernas temblorosas.

—Nada me gustaría más.